

de las paredes hay cuatro colosales estatuas entre las cuales llama la atención principalmente la de San Bruno.

En la arcada siguiente sobre el último pilar de la cúpula se ve el suntuoso altar en que se halla el gran mosaico que reproduce el sublime cuadro de Lanfranc, que representa el pasaje en que el Salvador acudió á socorrer á los Apóstoles próximos á naufragar. Frente á este altar se alza la magnífica tumba de Clemente XIII, obra del célebre Cánova. En lo alto del monumento está el Papa de rodillas: sobre el cuerpo inferior se halla en pie la estatua de la Religión, del lado derecho y del izquierdo se ve sentado al ángel de la muerte: dos hermosos leones colocados arriba del zócalo custodian la entrada del monumento. Los inteligentes dicen que este mausoleo es uno de los más bellos que adornan la gran Basílica.

En la última capilla hay dos altares, el de San Miguel Arcángel cuyo mosaico es copia del cuadro de Guido Reni, y el de Santa Petronila, en que aparece reproducida la famosa pintura del Guercino que representa á la Santa. Los mosaicos de la cúpula y de las lunetas son copiados de Andrés Sacchi y de Romanelli.

Avanzando hacia la tribuna se ve la tumba de Clemente X muerto en 1676, que como la mayor parte de las anteriores tiene tres estatuas, la del Papa y las de dos Virtudes; adórnala además un bajo-relieve que recuerda el jubileo del año Santo de 1675. Delante del mausoleo hay un altar con un gran mosaico que representa á San Pedro resucitando á la viuda Tabita.

Hemos dado la vuelta entera al rededor de la gran Basílica, y aunque ligeramente, hemos recorrido sus naves y visitado sus capillas, dándonos cuenta de los objetos principales que contienen. Réstanos visitar la sacristía, que es otro soberbio edificio anexo, con infinidad de amplios y elegantes departamentos decorados con magnificencia. Ya recordará el lector que la puerta se halla debajo del monumento de Pío VIII: allí está el ángel del cual hicimos mención, levantando la pesada cortina de mármol para franquearnos el paso. Entremos.

Un hermoso vestíbulo decorado con pilastras y columnas de granito rojo oriental ostenta tres colosales estatuas, la de San Andrés en el fondo y las de San Pedro y San Pablo á los lados de la entrada. Se pasa en seguida por tres suntuosas galerías adornadas también con columnas de mármol gris y con pilastras de verde africano. En los espacios intermedios se han incrustado antiguas y modernas inscripciones muy interesantes. La primera de estas galerías conduce al departamento de los beneficiados; la segunda tiene dos puertas, una que sirve de entrada á la gran sacristía y otra por la cual se baja por una escalera de dos tramos que lleva á la puerta de la calle: la tercera galería da entrada á la sacristía que llaman de los canónigos. La sacristía principal, que se halla comunicada con las otras dos, tiene la forma de un octágono de 24 metros de diámetro; la decoran ocho columnas acanaladas de mármol gris, é igual número de pilastras de amarillo antiguo que sostienen el entablamento sobre el cual descansa la bóveda de artísticas proporciones y bien decorada con estucos.

La sacristía de los canónigos está circundada de armarios elegantísimos de maderas del Brasil; en el fondo tiene una capilla en cuyo altar, adornado con dos columnas de alabastro, hay un cuadro de la Santísima Virgen, de la escuela de Rafael. Enfrente de este altar se ve otro cuadro también de la Virgen, obra de Julio Romano. De esta sacristía se pasa á la sala capitular, que se halla adornada con varias pinturas de mérito y tiene una magnífica sillería de maderas preciosas.

La sacristía de los beneficiados, decorada como la de los canónigos, aunque con menor magnificencia, tiene también una capilla, y en el altar hay un notable cuadro de Muziano, que representa á Jesucristo dando las llaves á San Pedro. Cerca de esta sacristía está otra, también para clérigos beneficiados, y se ve adornada con varios cuadros interesantes. Uno de los muros de esta sacristía se halla cubierto con un gran armario que guarda el tesoro de la Basílica: allí están los célebres candelabros de Benvenuto Cellini y los famosos de Pallaiolo.



Fuera de otra multitud de piezas que sirven para distintos usos, el edificio encierra un gran departamento destinado para habitación de los canónigos y de los beneficiados de la iglesia, donde cada persona tiene á su disposición varias piezas. No diremos una palabra más respecto de la sacristía, porque ocuparíamos mucho espacio. Guiados por uno de los sacristanes bajaremos á visitar la iglesia subterránea, que vulgarmente llaman "Las Grutas del Vaticano."

Al poner los fundamentos de la Basílica moderna, se resolvió levantar el pavimento á conveniente altura para preservar las paredes de la humedad. Se dejó, pues, un espacio de tres metros y medio entre el piso de la antigua iglesia y el de la nueva, y se cuidó de conservar allí todo lo que se hallaba en pie de la primitiva construcción, y allí se han guardado todos los monumentos, estatuas y otros objetos que no fueron trasladados á la iglesia nueva. Bájase á las grutas por una escalera que se halla practicada en el pedestal de la Santa Verónica. Al descender al subterráneo se ve inmediatamente un altar, y el guía informa que al pie de cada uno de los otros grandes pilares que sostienen la cúpula hay otros altares semejantes. La sección principal de la iglesia antigua es circular y corresponde al circuito interior de la cúpula. Encuéntrase un gran corredor ó pasillo circular en cuyas paredes se ven altares, nichos, estatuas de santos y de Sumos Pontífices. Conduce este pasillo á varias capillas y estancias que no podríamos describir separadamente; llamaremos la atención del lector hacia la capilla de la Confesión que corresponde al altar mayor de la Basílica, é hizo decorar el Papa Clemente VIII con preciosos mármoles, con estucos dorados y con veinticuatro bajo-relieves en bronce representando diversos episodios de la vida de San Pedro y de San Pablo. Para cerrar esta brevísima noticia diremos solamente que llegan al guarismo de ochenta y cuatro los monumentos principales que guarda la iglesia subterránea, siendo la mayor parte objetos curiosísimos por su antigüedad ó interesantes por su significación histórica, sin que escaseen los de mérito artístico, principalmente las esta-

tuas y los mosaicos. Y saldremos de las grutas para subir á la parte superior de la Basílica, con lo cual terminaremos nuestra ya prolongada revista.

No se podría formar idea exacta de la grandiosidad del primer templo de la Cristiandad, sin ascender á las bóvedas del gigantesco edificio. Afortunadamente la ascensión no es penosa. Para llegar al plano general de las bóvedas hay una rampa de muchos tramos, tan bien dispuesta, que podría hacerse la subida á caballo, y nótese que la rampa tiene forma espiral. Al llegar á la inmensa plataforma que corresponde al cuerpo de la fachada, no puede expresarse el asombro que se apodera del visitante. Se cree uno conducido como por encanto á una ciudad elevada en el espacio. Diez cúpulas correspondientes á las capillas, que no son visibles por el exterior, semejan otros tantos templos; otras dos cúpulas muy superiores á éstas, que no tienen correspondencia con el interior, y en medio de éstas, la obra más gigantesca y maravillosa de los siglos, la gran cúpula, que se ve como la iglesia matriz que domina con exceso á todas las otras construcciones que se levantan encima de las bóvedas. En proporción que se avanza hacia la inmensa mole, aumenta el asombro y la admiración, y esta sube de punto cuando se considera que tan enorme construcción se halla cimentada á cerca de cincuenta metros sobre el nivel de la plaza de San Pedro. ¡Qué pequeño se mira el hombre cuando se eleva á semejante altura y mucho más cuando sobre ésta ve levantarse todavía un edificio tan espacioso á más del doble de la elevación á que se ha llegado! ¡Qué grande se contempla á la vez al mismo hombre cuando se le ve exaltarse por el genio hasta esas alturas á que ha llegado por el talento y por el trabajo de sus manos! Se ha querido establecer comparación entre el edificio del Pantheon y la Cúpula de San Pedro. Se asemejan en la forma; pero digan lo que quieran los inteligentes, el aspecto exterior de la cúpula excede con mucho en elegancia y en suntuosidad al templo pagano, si bien no le supera mucho en las dimensiones. La cúpula de este último templo, por la parte de afuera, es una bóveda achatada, que no acusa la ele-



gante forma que tiene por el interior; la cúpula de San Pedro es un perfecto hemisferio de líneas muy correctas, que arrebatan las miradas, haciendo adivinar en el interior, una bóveda verdaderamente maravillosa; por último, la cúpula del Pantheon carece de remate, mientras la de San Pedro termina en otro gran edificio cilíndrico-piramidal, que sobre la altura de más de cincuenta metros á que se eleva la cúpula, sobre el entablamento que la sostiene, se alza todavía 25 metros fuera de su último remate, la esfera y la cruz, que miden juntas más de siete metros. ¡Altura prodigiosa! ¡Magnificencia singular, comparable sólo con la excelsitud del edificio místico que la cúpula simboliza!

Penetremos ahora en el interior de la soberbia superestructura. Un largo pasillo se atraviesa dentro del espesor de la cúpula, que de paso sea dicho, es doble, y se halla el visitante en un inmenso corredor circular de DOS METROS de ancho, es la parte saliente de la cornisa, por una circunferencia de ciento veintiséis metros. Desde allí se comienza á formar juicio exacto acerca de la inmensidad del templo y de la cúpula. Las estatuas colosales que se veían como gigantes desde abajo, tienen ya la estatura ordinaria del cuerpo humano; en cambio, las figuras en mosaico que desde el pavimento de la iglesia se veían de medianas proporciones, se ven de un tamaño desmesurado; las ventanas son como grandes puertas; las pilastras enormes.

Ascendiendo al entablamento superior, de donde arranca la cúpula, por la escalera construída entre las dos bóvedas, no se puede explicar lo que se experimenta. Mirando hacia arriba la inmensa concavidad de la bóveda, con sus gigantescas figuras de santos, con todos los detalles de su ornamentación en un tamaño asombroso; la linternilla como una gran torre. Bajando la vista hacia el interior, ya no se distinguen los asuntos de los grandes cuadros de los altares; el baldaquino es un pequeño tabernáculo, las estatuas juguetes de niños, la gente que recorre las naves del templo, grupos de pigmeos, que se ven moverse como las aves en el espacio.

Hasta esta altura llegamos nosotros en nuestra visita. No

nos sentimos con fuerzas para subir más. Algunos de nuestros compañeros, entre otros, el intrépido D. José María Aguilar Ortiz, ascendieron hasta la esfera metálica, que sirve de base á la cruz. ¡Se hallaban á CIENTO TREINTA METROS sobre el nivel de la iglesia! Desde allí se contempla toda la campiña romana, y se extiende la vista hasta el mar. ¡Desde allí, con los ojos del alma, se abarca la extensión del mundo, cuya inmensidad ha podido medir solamente la Iglesia Católica, extendiendo sus conquistas hasta los más remotos confines del globo terrestre!

La subida á la parte superior de San Pedro, es como un timbre de gloria para los viajeros. Muchos dejan sus nombres escritos en las paredes y en los sitios más elevados. Los nombres de los soberanos de la tierra y de los descendientes de reales estirpes, que han subido á la cúpula, se hallan esculpidos en lápidas de mármol incrustadas en las paredes del gran caracol que describimos arriba. Allí vimos entre otras inscripciones la que recuerda la ascensión de la ilustre princesa Carlota, emperatriz de México, el 11 de Octubre de 1866.

Terminaremos nuestro ligero bosquejo de San Pedro haciendo un resumen de las columnas, de las estatuas y de los altares que adornan este incomparable edificio, así en el exterior como en el interior. Este dato es el mejor elogio que puede hacerse de la grandiosidad de la Basílica y de su maravillosa suntuosidad. Las columnas de bronce, algunas con incrustaciones de lápiz-lázuli, son 16; las de diferentes mármoles, 229; las de travertino, 503, que hacen un total de 748 columnas. Las estatuas de metal llegan á 40; las de mármol son 99; de travertino hay 161 y de estuco 90, que hacen un total de 300 estatuas. Los altares en la Basílica, en la iglesia subterránea y en la sacristía son 44. ¡Evidentemente no hay, ni ha habido y acaso no habrá otro edificio comparable con éste! ¡Único en el mundo y en las edades, por su extensión y magnificencia, como única es la Religión católica por su perfección y por su universalidad!